

brinda al final de tantos esfuerzos inútiles, Don Quijote, una conciencia donde España y el hombre moderno pueden tomar las medidas al propio tamaño de su razón, de su belleza y de su ímpetu heroico.

ARMAS Y LETRAS. No. 10. Año IV.
Monterrey, N. L., octubre de 1947.

SIGNIFICACION DE LA TECNICA

Ciertos hechos recientes, que por ser excesivamente notorios nos ahorran la necesidad de nombrarlos, han atrapado la atención pública sobre la significación de la técnica como factor histórico y cultural.

Preocupa a muchos que en la guerra recién liquidada haya intervenido de manera decisiva la aplicación y la eficacia técnica de los instrumentos de combate. Y de esta preocupación se origina un sentimiento de temor y de admiración, que anda muy próximo a transformar en mito el conocimiento y la posesión de tales recursos. Al calor de este arrebató sentimental se encienden protestas más o menos vehementes por la amoralidad del pensamiento técnico.

Es curioso observar que la conciencia se defiende contra su secreta y ciega admiración por la técnica, acusándola de fomentar fines que sólo ella concibe, con perjuicio de otros que recela no saber guardar. Adivina un riesgo en que las posibilidades de causar la muerte sean tan accesibles y fáciles de ejecutar, como el sencillo ademán de empujar un resorte.

En esta contradictoria reacción a la influencia de la técnica en la vida moderna se encuentra un testimonio actual del "tabú" primitivo que preserva de manera inconsciente la integridad de la tribu. Siembra riesgos ocultos y misteriosos para que la conducta se deslice por los pasajes familiares a los iniciados en la vida común. Levanta barreras imaginarias erizadas de dificultades, para los actos cuya sencillez de ejecución corre parejas con la repugnancia que inspiran.

Puede observarse también como pervive y mantiene su eficacia hasta nuestros días la ley generativa del mito, en franca competencia y hasta tratando de sojuzgar a los procesos técnicos. En lo cual se cumple un movimiento de compensación muy propio del ser huma-

no: no poder vivir sólo de la técnica y a solas con ella. Por eso resulta incompleta esa teoría de la fabulación mítica, como ignorancia y elemental anticipo de lo que habrá de ser la Ciencia posterior. Hablar de una técnica, no del mito, sino de la naturaleza pero con contenido mitológico, como en la magnífica, por lo demás, obra de Frazer, parece una violencia a la mentalidad primitiva que además vuelve la espalda a la participación de la magia en la técnica moderna.

Habrà una separación o un íntimo contacto que impida la nítida diferenciación entre técnica y magia, según se trate de los pueblos cultos o de los primitivos, pero esto no implica la sucesión de un idéntico proceso mental que vaya de la magia a la técnica por perfeccionamiento y progreso. Entre una y otra se intercalan complejos fenómenos sociales, a cuya intervención aludiremos más adelante.

No siempre habrán de ser amigas ni sólo adversarias. Si en muchas partes van de la mano o parecen un mismo cuerpo, lo que ocurre siempre en las poblaciones humanas de la prehistoria, en otras épocas sobran ejemplos de sostenidos e intensos duelos, y también de colaboración de la magia en las invenciones, con fecundas consecuencias. Y más aún, donde vuelve a tener razón Frazer, todo mito prefigura una técnica que podrá o no ser desarrollada en hechos naturales. Así es quizá la relación original entre ambas, a modo de un primer movimiento, un ensueño avasallador que conduce a la hazaña de Prometeo y de ahí a la domesticación del fuego. Y si no, qué interés de hacer mito la historia? Nos lo dicen también las artes mayores y menores, todas soldadas a la fábula, símbolos de esta como chispas desprendidas de la hoguera mitológica. De donde resulta siempre verdadera aquella observación de venerable origen, que la poesía es sabiduría más profunda que la Historia. Conviene no obstante considerar con precisión y rigor, sus mutuas relaciones.

Hay alguien que ha tratado de obtener leyes de

desenlaces históricos por catástrofe, apoyando tal razón en las últimas consecuencias del pensamiento técnico, superabundancia de artificios que postran el alma creadora de una Cultura ahíta de perfección.

Por contra, no falta quien atribuya la ruina de un pueblo a la ausencia de ciertos recursos técnicos. Caso concreto: la destrucción de la confederación mexicana al embate de los conquistadores españoles, culpa de no haber poseído la rueda, el ganado mayor y la metalurgia del hierro.

Sobre este mismo ejemplo se ha intentado invertir la posición explicativa: el mito indígena del cataclismo final y del regreso de Quetzalcoatl subyugan por anticipado el alma aterrorizada del emperador azteca. En lo que hay de notable que los exaltados de admiración Cortesiana siguen la idea del mito pre-elaborada por los indígenas; y quienes deprimen la gloria del conquistador se atienen a la explicación técnica, que es el supremo argumento europeo.

En uno y otro caso la explicación choca por su simplicidad: se sustituyen los efectos en el lugar de las causas y se monta un mecanismo que opera sin sobresaltos ni interrupciones, lo cual equivale a una especie de ley inercial propia de la historia. Sólo que el más feo vicio de la teoría de Spengler no está ahí, sino en la descarada incitación a la guerra con el mito de la raza elegida.

Fallaría de intento una teoría de la técnica que prescindiese del proceso imaginativo de la conciencia humana, patente en la fabulación original y más tarde aunque matizada su influencia, en las instituciones jurídicas, la idea política y las creaciones estéticas. Este mundo de ficciones que es un traslado de la inmensa complejidad natural está implícito en la técnica, la cual estrecha o ensancha sus finalidades en proporción a ese campo de creación común donde predomina en diverso grado la imaginación despreocupada y libre.

Ni siquiera la técnica de la guerra constituye una excepción a la elaboración de una idea con una significación mucho más general, política, social o religiosa, que preside y orienta los acontecimientos bélicos. Toda guerra tiene cierto sentido de cruzada, cuya temible pasión y eficacia destructiva procede directamente de signos, imágenes y fórmulas nada técnicas. Es difícil pensar de otra manera en vista de los testimonios históricos. Las guerras primitivas se inician con actos religiosos, antes de llegar al choque efectivo; Zeus, Huichilobos, Jheová, La Idea Imperial, el Nacionalismo y la Raza han sido mitos de pavorosa fecundidad guerrera.

Y la técnica de la paz, la organización del aprovechamiento natural, está igualmente entretijada con ese mundo mágico y misterioso, engendrado de continuo en la vida social, que estimula, reprime o endereza el proceso técnico con palabras y visiones. Habla directamente al corazón un lenguaje a veces tierno, otras imperioso: riqueza, sufrimiento, deberes, belleza o dicha mueven la mano humana, la retienen perezosa o congelan el ademán.

Cierto —se concederá— que estas afirmaciones valen aproximadamente para las primeras agrupaciones humanas y su técnica insuficiente, pero en cuanto ha surgido el conocimiento experimental de la Naturaleza es otro el aire de las mismas cosas. Los recursos técnicos fundados en los descubrimientos científicos y más particularmente en el progreso mecánico, desde la invención de la máquina a vapor, han adquirido existencia propia y de mera adjetivación de la vida humana se transformaron en un proceso sustantivo que arrastra la conciencia del hombre y sus productos más íntimos, los hijos predilectos de su imaginación.

Al hilo de este razonamiento se va a parar en la definición del hombre como ser industrial. Desde la domesticación animal y vegetal a la humana de la esclavitud; de los artefactos mecánicos a los talleres en que se

fabrican máquinas, se sigue el mismo propósito de tomar posesión de una creatura que engendre y rinda sus frutos al hombre. El colmo de este desarrollo sobreviene cuando el ser domesticado es una máquina capaz de producir otras.

Pero, esta reflexión no repara más que en el hecho externo de la dominación sobre la naturaleza, mientras que deja escapar el dato interior al hombre que tiene dos vertientes: la organización de las fuerzas conscientes que se dejan ociosas en el fenómeno técnico; y la estructura social en que se apoya y revierte el impacto de aquellos avances. En aquella puede seguir actuando una mentalidad mágica, aun en medio de la selva maquinista. Y por la recuesta de una civilización técnica se desciende a los desfiladeros de la vida social, donde la marcha histórica puede desembocar en una catástrofe.

La lucha o la alianza entre la magia y la técnica, aun en los grados más avanzados del desarrollo de esta última, se deduce de que ambas dominan en el hombre y se reparten ámbitos de la personalidad humana no fundidos totalmente. La técnica procede de un desarrollo independiente cada vez más preciso de operaciones manuales. Aun la Ciencia de nuestros días tan orgullosa de su ascendencia intelectual, reconoce su origen en modestas manipulaciones de orden experimental; y nada se diga del desarrollo actual, en que su estabilidad y progreso están ligados a la suerte de la gran industria. La Ciencia de naturaleza filosófica llegó hasta los griegos y se quedó en la Edad Media; lo que ahora denominamos con esa palabra es una técnica científica preparada en laboratorios industriales, reforzada por la producción en gran escala y adherida más que nunca al experimento a base de máquinas.

El fenómeno mágico —dentro del cual tienen cabida la fábula mítica y las creaciones estéticas— exige una conmoción del todo el ser humano: un movimiento ligero, un atisbo imprevisto de belleza o del misterio grande y solemne de la naturaleza, desencadena a la conciencia

de sus engranes corporales; libre de su rendida sumisión irrumpe en un mundo de cualidades luminosas y sonoras en cuyo seno flota, se hunde, crece y se percibe a sí misma como un latido inmenso, un pulso universal.

El artista primitivo que modela un trasto vuelca su corazón en la arcilla; el operario técnico que hace el mismo objeto descarga la faena sobre las manos, con lo cual descubre en sí mismo el esquema de toda máquina: una cosa hecha o trabajo, un esfuerzo o fuerza y el instrumento de la operación. En idéntico fondo orgánico se inspiran el análisis lógico o matemático y la mecánica.

Si la técnica fuese la nota permanente y universal del ser humano, fenómenos como la sociabilidad, el Estado, el Arte y la misma guerra serían incomprensibles. Por otra parte, el desarrollo técnico, por lo menos este proceso moderno que ha culminado en invenciones de efectos destructivos incalculables, tiene su apoyo en aquellos caracteres de más franca universalidad que guardan una estrecha relación con la magia, la fábula o la fantasía. Y en algo que es el más precioso de sus resultados: la vida social.

De tal o cual arma o instrumento de combate contemporáneo se dice que es el resultado del progreso científico y nada más. Lo que no se echa de ver es que esos avances y descubrimientos científicos no se habrían realizado o no se proseguirán en lo futuro, sin el concurso de circunstancias sociales y políticas muy determinadas. Tanto como cualquiera idea física precursora habrá que catalogar en igual rango, el crecimiento de la población, su organización para el trabajo, los ideales comunes de sociabilidad en los cuales entran los fines individuales de bienestar, dicha y dignidad que cada hombre pretende. Una cosa debe ser asegurada, que con una masa de esclavos no se producirá jamás el precioso y delicado instrumental moderno. Y de ello tenemos ejemplos a la mano en la contienda reciente. No es ajeno el triunfo técnico, político y militar de los E.U.A. su pasado histó-

rico: la Declaración de Independencia, la victoria de Lincoln y su activa democracia.

Subrayemos también este otro hecho que corrobora la tesis que hemos venido sosteniendo: los descubrimientos técnicos han podido iniciarse como curiosidades científicas en no importa que pueblo y época. Inclusive, muchos se han quedado inactivos en calidad de simples muestras del ingenio humano, sin mayores repercusiones, como en el caso de Leonardo. Es decisivo, en cambio, que el imperio de la técnica científica moderna coincida con el desarrollo social del pueblo inglés y posteriormente con la historia de Norteamérica.

No obstante todo lo anterior es indiscutible que los recursos técnicos aun viniendo de las fuentes más limpias de la vida social, pueden tomar un sesgo que vuelve su fuerza destructiva en contra del hombre mismo. Pero, hasta qué punto es la técnica responsable de semejante poder? Yo creo que después de lo dicho estamos en condiciones de asegurar que no previene de ella misma el perverso designio que sólo puede atribuírsele haber creado un margen amplísimo de fuerzas libres y ociosas de la conciencia, que no han podido articularse a las finalidades de una cultura superior que reduzca la técnica a su condición de apoyo y sostén del hombre. Y así mismo, haber dejado a retaguardia una organización social que procede con desprecio y hasta ejerce violencia sobre la capacidad creadora de la conciencia.

De no ser que hubiera una gran reserva espiritual de imaginación, tendríamos por delante el sombrío cuadro de quienes piensan que nuestra civilización técnica es el más seguro proceso de suicidio de la humanidad. Y esto se cumpliría, pese a las protestas morales y a los designios humanitarios con que se quiere dominar a los instrumentos bélicos. De aquella pesimista opinión es también Spengler y es fácil advertir que no le cuesta esfuerzo prescindir del corolario sentimental.

Uno de los más eficaces procedimientos de modera-

ción de ciertas armas reside en su propia naturaleza de instrumento bélico y social a la vez. Bastaría considerar que su potencia está en relación con su capacidad previa para asociar y multiplicar la vida humana. Un arco y una flecha representan tanto riesgo para la vida primitiva, como la bomba atómica para nuestra apretada humanidad. En cuanto los efectos de ésta última sobrepasen ciertos diezmos de la población y antes de la destrucción total, cesaría la posibilidad de continuar el proceso de su producción.

Más no debemos entregarnos al azar de este libre juego, entre la inmensidad del riesgo y la posibilidad de que el hombre se contenga en el límite permitido. Es hora de vencer con todas las fuerzas creadoras, esta incitación de la muerte de la vida contemporánea. Habrá que librar a Prometeo del conjuro mágico que lo tiene clavado a la roca en desagravio a su audacia. Vencer sea dicho y no resignar o someter la capacidad creadora del hombre al terror que le inspiran sus propias creaturas.

Es notorio que antes de ésta y de otras guerras del siglo, la vida humana se ha manifestado con una decidida vocación por la unidad de una Cultura y una organización sociales, donde las Naciones sólo signifiquen variaciones del carácter individual de los hombres; y donde, también, se articule la misión de cada hombre con las disponibilidades de poder y de creación que encierra la técnica. Una vida en que el hombre no tenga necesidad de la guerra, por estar comprometido a diario en la tarea de habérselas consigo mismo en toda su miseria y grandeza, con la fuente de su poder creador. Algo que podría resumirse en la fórmula de rescatar la conciencia de cada hombre a su verdadera libertad y al espectáculo, intensamente sentido, de su propia obra.

UNIVERSIDAD. No. 5.
Monterrey, N. L., diciembre de 1945.

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO CONTEMPORANEO

La clasificación por doctrinas de acuerdo con los cánones tradicionales oculta, más que transparenta, el rasgo dominante que caracteriza nuestra edad filosófica. Tal catálogo a través de las posiciones al uso en las historias de la Filosofía —descartado el valor muy relativo de semejantes distinciones— va resultando cada vez más impracticable. Idealismo, Realismo, Espiritualismo, Materialismo y otras etiquetas igualmente convencionales, se manifiestan como clasificaciones caducas ante el número de trabados influjos que concurren en cada pensador actual.

Valdría la pena, quizá, revisar la historia para mostrar que estas nociones proceden de una concepción filosófica, cuya vigencia se ha ido esfumando hasta casi desaparecer en nuestros días. Las especies filosóficas no tienen esa inmovilidad y rigidez que impuso a las ideas, la calca de una teoría de la naturaleza que desconoció el flujo de lo viviente. Formas más o menos transitorias, las especies ideales y las orgánicas, no agotan el contenido de realidad a que se refieren. De otra manera resultaría incomprensible el nacimiento y la desaparición de las organizaciones biológicas y los sistemas de pensamiento a los que sirven de formas para su representación objetiva.

Por lo que respecta a las ideas, se sabe hoy que son perecederas en cuanto significados inherentes a una determinada cultura. De la muerte de éstas habla la historia. Cabe también el caso de herencia cultural, o sea, descendientes de formas de saber y conducta cuyos portadores originales han desaparecido. La cultura greco-latina sobrevive en la prole de los pueblos occidentales, en los cuales ejerce el efecto de una fuerza viva y no sólo la gravitación material de la noticia erudita que manejan los filólogos.